

Carlos Arturo Fernández Uribe:

una voz para la
historia del arte

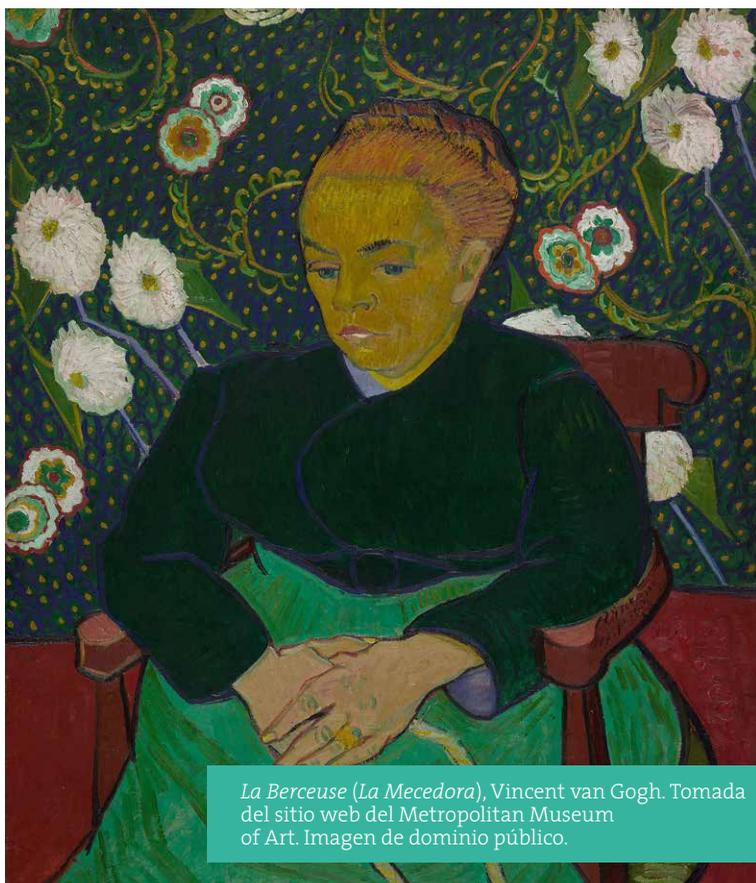
Carmenza Uribe Bedoya

Química. Profesora jubilada, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Antioquia.





Foto | Alexánder Monsalve.



La Berceuse (La Mecedora), Vincent van Gogh. Tomada del sitio web del Metropolitan Museum of Art. Imagen de dominio público.

Los estudiantes de la maestría en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia recuerdan con emoción el día en el que a su profesor, Carlos Arturo Fernández, se le llenaron los ojos de lágrimas mientras describía *La Berceuse* —*La Mecedora*— un retrato por Vincent van Gogh de comienzos de 1889. Al respecto dice el profesor que le emociona narrar esta anécdota en clase, porque con esta obra Vincent afirma que el arte tiene, entre otros, un valor consolador porque ayuda a que la vida sea más llevadera. Así el profesor Fernández describe la obra:

En una de sus cartas a Theo, su hermano, Vincent le cuenta que había pintado ese cuadro pensando que debería estar en la cabina de un marino islandés, triste y solo, niño y mártir al mismo tiempo, de tal manera que ese marino melancólico lo mirara, experimentara un sentimiento de arrullo que le recordara los cantos de cuna, los abrazos y el calor de su madre o de su nodriza. Como si el cuadro fuera un abracito de la mamá. Me gusta en especial porque la gente se emociona mucho con él (también yo, claro); eso hace que el discurso sobre van Gogh sea muy eficaz y me parece que hay una cantidad de valores de la obra de arte que se pueden descubrir en su pintura.

Esta anécdota es solo una muestra de la sensibilidad de una persona que ha dedicado su vida a la historia del arte y que se ha convertido en referente en un área del conocimiento especialmente atractiva y compleja, alejada de otras disciplinas más populares en el medio. La manera como este antioqueño pasó de ser un estudiante juicioso de colegio a ser la persona reconocida que es hoy, experto en historia del arte, pasa por una buena familia, decisiones acertadas, mucha disciplina y hasta por giros inesperados de las circunstancias.

Los primeros años: el deseo de conocer

La violencia de mediados del siglo xx obligó a su familia a salir de Salgar, en el Suroeste antioqueño, y viajar a Medellín. Carlos Arturo, el sexto entre siete hermanos, contaba con solo 29 días de nacido. La imagen de sus padres es significativa: mi papá, Arturo, fue modelo de ética y coherencia, un gran lector, sensible, sincero, serio, callado, recto. Mi mamá, Gabriela, era una mujer tierna y dulce, trabajadora, cuidadosa, metódica, una gran administradora del dinero, que guardaba en sobres con destinación específica, método clave para llevar una familia numerosa como la nuestra. Cuando le pregunto sobre inspiradores en su familia, reconoce que no hubo artistas ni interesados por el arte en la familia, excepto su tía Susanita, quien pintó un bodegón, que es la única obra de arte que conoció en su infancia.

Estudió en el Colegio San Ignacio de Loyola, donde pronto se convirtió en un alumno ejemplar, disciplinado y con un interés particular por saber del mundo. Acostumbraba a coleccionar recortes de periódicos, revistas y clasificarlos; sus temas preferidos eran los aviones y la

carrera espacial. Era su propio «cortar y pegar», y con este acervo, al terminar su bachillerato, tuvo una visión global que se convirtió en ventaja frente a sus compañeros. Fue tercero por Antioquia en el Concurso Mejores Bachilleres Coltejer, en una época en la que no existían los exámenes del Estado. El premio al concurso fue, como se verá más adelante, una premonición: un viaje por toda Colombia.

Aparece el arte

Estudió Filosofía y Letras en la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. “En la Javeriana tuve profesores que me marcaron: el español Francisco Gil Tovar, un estudioso del arte colombiano; con el jesuita Enrique Gaitán aprendí que la historia del arte es una manera enriquecedora de acercarse a la cultura, y que tiene un encanto porque es sobre cosas concretas. Yo estudiaba Filosofía, que es sobre las ideas, pero las esculturas, las pinturas están ahí; eso me gustó mucho; en la profesora Alicia Lozano vi pasión y fascinación por la historia del arte”. Al terminar el pregrado estudió italiano y viajó a Bolonia con la expectativa de estudiar Literatura Italiana, pero este curso no estaba disponible y en lugar de ello le permitieron estudiar Historia del Arte Medieval y Moderno, que era lo que realmente le gustaba.

Abriendo puertas

Regresó a Colombia en 1981 con un doctorado. Estuvo dos años como profesor en la Universidad Pontificia Bolivariana y, en 1983, se vinculó a la Universidad de Antioquia en un momento en el que solo había dos cursos sobre el tema en la Facultad de Artes. Allí comenzó una labor que no se ha detenido en más de 30 años, durante los cuales Carlos Arturo Fernández ha abierto las puertas de la historia del arte no solo en la Universidad de Antioquia

sino en Medellín, donde se volvió un referente cultural, consultor, crítico y divulgador. “Fue como colonizar un terreno que ni se sabía que existía porque lo que se entendía sobre el arte era lo que decían los críticos; sin embargo, no se sabía muy bien cómo era la tarea de enfrentar una pintura ni de cómo interpretarla. Paulatinamente fuimos entendiendo eso para qué servía, aumentamos el número de cursos, luego creamos la maestría, y finalmente el doctorado”.

El profesor Alejandro Tobón, de la facultad, recuerda que tomó un curso en el que Carlos Arturo Fernández dictaba la parte de historia del arte, el maestro Rodolfo Pérez la de música y Mario Yepes dramaturgia y literatura, época memorable en la Facultad de Artes por la conjunción de tres verdaderos expertos en cada una de las temáticas.

De tener dos cursos en el tema, tres décadas más tarde la facultad pasó a tener un doctorado en Artes con énfasis en la línea Historia de las Artes Plásticas, y aunque insiste en que

esto fue labor de muchas personas, esas personas reconocen que, gracias a su liderazgo, entusiasmo y paciencia se logró hacer realidad la presencia de la historia del arte en un medio en el que existe una situación cultural desfavorable a la creación, pero propicia para dispersar concepciones equivocadas de lo que significa entender el arte.

Interpretar obras de arte va más allá de comentar lo que un artista plasmó en una obra determinada. Es «escuchar» lo que el artista dice, y para ello hay que interactuar pacientemente con la obra.

Profundizando en la reflexión sobre el arte

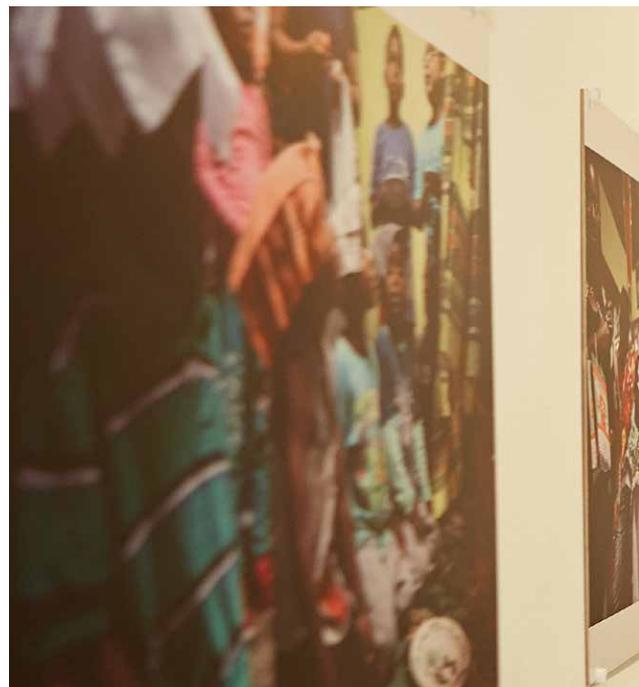
En medio de una nutrida agenda de actividades, entre ellas la de ser decano de la Facultad de Artes, Carlos Arturo fue el primer matriculado en el doctorado de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Con la tutoría de Javier Domínguez desarrolló una tesis de grado que dio lugar al libro *Concepto de arte e idea de progreso en la historia del arte*. Según el doctor Domínguez “la tesis es una completa exposición del núcleo de autores y conceptos filosóficos más significativos en la constitución de la historia del arte como disciplina”.

El núcleo de pensamiento que expone Carlos Arturo en su tesis de grado es la base de su quehacer como divulgador: la idea de humanidad realizada en cultura, y este hecho lo expresa de varias maneras. En primer lugar, aclara que lo que conocemos como historia del arte son, por lo menos, dos cosas distintas: de un lado están los artistas, lo que hicieron, la cronología, sus intereses, y de otro lado están los saberes más epistemológicos; hacer historia del arte es hacer un tipo especial de historia, porque la historia es sobre hechos pasados, pero la del arte es sobre el presente porque las obras están ahí. En segundo lugar, está la interpretación de las obras de arte: “Lo que un profesor de Historia del Arte hace con los alumnos es invitarlos para que se aproximen a ver que un cuadro no es solo un conjunto de materiales sino una ventana que se abre a un momento de la historia, a una cantidad de problemas humanos que son profundos y apasionantes. Las obras de arte están ahí para hablarnos, para establecer una relación con nosotros”.

Divulgar el arte: escribiendo y enseñando

El quehacer del profesor Fernández oscila entre la enseñanza, la divulgación y la crítica de arte. Interpretar obras de arte va más allá de comentar lo que un artista plasmó en una obra determinada. Es «escuchar» lo que el artista dice, y para ello hay que interactuar pacientemente con la obra, reconociendo que los artistas siguen hablando a través de sus obras, y que a veces lo que dicen puede enmarcarse en reflexiones que ayudan a entender la realidad actual. Parte de esta labor divulgativa se ha desarrollado durante años en la columna que ha mantenido en la publicación *Vivir en El Poblado*, donde, además de divulgar, hace pedagogía considerando la obra como el documento por excelencia.

De otro lado sus clases son un viaje al pasado a través del presente de las obras de arte. Asistí a una clase sobre neoclasicismo para estudiantes de la maestría en Historia del Arte, y encontré que el profesor exhibe una memoria prodigiosa al describir épocas, estilos, personalidades de los artistas, hechos que ubican a los estudiantes en la temática de la clase, pasando fácilmente de lo artístico a lo filosófico sin descuidar la óptica geopolítica y social. Sus estudiantes asisten a la clase con un interés que se hace evidente en las preguntas que formulan. Él no escatima tiempo para responder detalladamente, enlazando hábilmente sus respuestas con temáticas vistas en clases an-



teriores o anunciando lo que vendrá en las próximas y aportando una mirada integral.

Viajes culturales: un mundo por descubrir

Un espacio que Carlos Arturo ha sabido aprovechar surgió en la academia de arte Yurupary. Allí ha sido profesor de Historia del Arte, pero su labor divulgativa más relevante se ha desplegado a través de viajes de tres a cuatro semanas alrededor del mundo, con objetivos culturales, en los que es guía y organizador de la agenda. A la fecha, el profesor Fernández ha guiado aproximadamente 40 viajes.

«Nadie debería irse triste del lado de un príncipe»

De Carlos Arturo Fernández sus compañeros, alumnos y amigos le reconocen versatilidad, universalidad en sus intereses intelectuales y en sus fundamentos, capacidad de diálogo, sensibilidad, serenidad y carácter excepcional como persona. Le definen como gran amigo y buen conversador, maestro de vida con capacidad para compartir el cono-



Foto | Alexander Monsalve.

cimiento sin perder el nivel o la profundidad de los temas. Lo que es, lo entrega incondicionalmente, y en medio de su sabiduría tiene una sencillez profunda. Su actividad en la universidad marca una ruta que liga a la Facultad de Artes con la dinámica cultural del medio desde el arte. Es el símbolo y el signo de una formación artística y es el polo a tierra de la construcción académica de la formación de artistas en la ciudad; además, es referente importante en crítica del arte y en estudios de investigación artística.

Cuando le pregunto cómo se ve a sí mismo, Carlos Arturo dice: “yo me acuerdo siempre de algo que aprendí en la clase de Historia Universal de segundo de bachillerato. Cuando al emperador Tito lo criticaban porque hacía concesiones con mucha facilidad, respondía: “No conviene que ninguno se aleje con tristeza de la vista del príncipe”, no porque yo me crea un príncipe, sino porque nadie debería hablar conmigo e irse triste... quiero que siempre que tenga una

interacción con una persona, el resultado sea positivo, que piense que le ayudé, que le mostré algo que no sabía o por lo menos que el rato fue agradable”.

Carlos Arturo Fernández es una voz vibrante y emotiva para la historia del arte, pero sobre todo una voz impregnada de sensibilidad, esa que lo conmueve mientras describe una obra de arte a sus estudiantes, tal como lo saben los alumnos de la Maestría en Historia del Arte, quienes se consideran los más afortunados al tener un profesor como él, cuyo mensaje claro y profundo podría asimilarse a las palabras de Marcelino Menéndez Pelayo que resaltan la importancia de valorar el pasado a través del arte:

Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual, un pueblo viejo no puede renunciar a la suya sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil. ✕